



Tema 23: "¡Fortaleced vuestros corazones!" (St 5) Valor de la mortificación

LA ABNEGACIÓN, CAMINO DE LIBERTAD

El camino de la auténtica libertad, el que se requiere para seguir al Señor, no es un camino fácil. Ya nos dijo Él mismo que **es estrecho y que la puerta es angosta**. Pero es el **único** que conduce a la vida y a la felicidad. Seguir a Jesús supone **entrar en lucha con el pecado**, con nuestras tendencias contrarias a la voluntad de Dios: todo aquello que en nosotros el pecado ha dejado herido y que tira en dirección contraria al bien. El evangelio empieza con una llamada a la penitencia, a la conversión: "Convertíos, porque el reino de los Cielos está cerca", así empieza tanto la predicación del Bautista como la de Jesús.

Pero ¿cómo poner en práctica esta conversión? La tradición de la Iglesia nos indica tres medios insustituibles: La **oración, el ayuno y la limosna**. La oración y la limosna las entendemos más fácilmente, sin embargo, parece más difícil comprender hoy el valor del ayuno y de la mortificación. Por eso vale la pena que reflexionemos un poco sobre la importancia que tienen en la vida cristiana.

Encontramos dos dificultades principales:

1ª. De orden **ambiental**. La penitencia nunca ha estado de moda, pero hoy, en el mundo actual, se entiende muchísimo menos; a veces ni siquiera se comprende en la misma Iglesia. Hoy no está de moda el esfuerzo y mucho menos el sufrimiento; **se evita todo aquello que nos pueda hacer sufrir o requerir esfuerzo**. En la mentalidad materialista y hedonista que nos envuelve, lo que se nos propone desde los medios y lo que se respira en el ambiente es todo lo contrario: vive bien, ten cosas, más cosas las mejores cosas, rodéate de comodidades, rehúye todo lo que te moleste y te incomode...

2ª. La segunda dificultad es de orden **personal**, de orden **psicológico**. Surge de nuestro propio interior, y es consecuencia del pecado original: tendemos a la vida cómoda, fácil, placentera... Rehuimos el esfuerzo, tendemos a lo horizontal, a la queja... el servicio generoso y caritativo nos resulta arduo. **Hacer penitencia, por tanto, nos obliga a negarnos a nosotros mismos**, haciendo frente a esas innatas tendencias que nos empujan a intereses egoístas.

Sin embargo Jesús, que nos invita a "perder la vida para ganarla", nos dice con toda claridad: "El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga". Nos propone directamente la abnegación, porque Él sabe que **la abnegación nos agranda el corazón**:

"Pensad que esa donación de sí mismo exige la **ABNEGACIÓN**, la negación de nosotros mismos y la afirmación del designio salvador del Padre. **Exige gastar la vida, hasta perderla si es preciso, por Cristo**. Son éstos, en efecto, los términos en que Cristo se dirige a cada uno de nosotros: "Quien quiera salvar su vida la perderá; pero quien pierda la vida por Mí, ése la salvará". Quien se dedica sólo a sus propios gustos y ambiciones, por muy nobles que a primera vista pudiera parecer, estaría queriendo **salvar su vida y, por tanto, alejándose de Cristo. Habéis de actuar entonces como Jesús en la cruz, con ese amor supremo del que da "la vida por los amigos"**. ¡Agranda vuestro corazón! Sentid las necesidades de todos los hombres, especialmente de los más indigentes; tened ante vuestros ojos todas las formas de miseria -material y espiritual- que padecen vuestros países y la humanidad entera; y dedicaos luego a buscar y poner por obra soluciones reales, solidarias, radicales, a todos esos males. Pero buscar, sobre todo, **servir a los hombres como Dios quiere que sean servidos, sin buscar en ello sólo la recompensa o dejándoos llevar por intereses egoístas**" (S.J. Pablo II)

Esta es la convicción de la Iglesia desde su origen, pues el Evangelio empieza en un pesebre y termina en una cruz. **Desde el principio Jesús abrazó el camino arduo y oscuro de la cruz**. Por eso la mortificación no puede pasar nunca de moda en la Iglesia.

"El ayuno, más que el simple abstenerse de alimentos o comida material, es un símbolo, un signo, una llamada seria y estimulante para aceptar y realizar renunciaciones. ¿Qué renunciaciones? **Renuncia del "yo"**, es decir, a tantos caprichos e aspiraciones malsanas; renuncia a los defectos propios, a la pasión impetuosa, a los deseos ilícitos. Ayuno es saber decir un "no" tajante y decidido a cuanto viene sugerido o solicitado por el orgullo, el egoísmo, el

vicio, escuchando a la propia conciencia, respetando el bien ajeno, manteniéndose fieles a la santa ley de Dios. Ayuno significa poner un límite a tantos deseos, a veces buenos, para tener pleno dominio de sí, para aprender a regular los propios instintos, para entrenar a la voluntad en el bien. Son **pequeños actos de renuncia, realizados por amor al Señor o a la Virgen**, para conseguir un fin noble. ¡Son como un "deporte", un entrenamiento insustituible para salir victoriosos en las competiciones del espíritu! Finalmente, ayuno significa privarse de algo para subvenir a la necesidad del hermano, convirtiéndose así en ejercicio de bondad, de caridad.

El ayuno comprendido, realizado y vivido de este modo viene a ser penitencia, esto es, conversión a Dios, en cuanto purifica el corazón de tantas escorias de mal, embellece al alma de virtudes, entrena la voluntad para el bien, dilata el corazón para recibir la abundancia de la gracia divina. **¡En esta conversión la fe se hace más fuerte, la esperanza más alegre, la caridad más activa!**

Convertidos a Dios, llenos del Espíritu del Señor, tendréis una alegría verdadera, profunda y desbordante; mostraréis una sonrisa genuina y seductora; veréis vuestra juventud como un don estupendo, digno de ser vivido en plenitud y autenticidad de vida humana y cristiana" (S. J. Pablo II)

La Iglesia propone y obliga a **días especiales de penitencia**. Por ejemplo, son días de ayuno y abstinencia obligatorios el miércoles de ceniza y el Viernes Santo. En los viernes de cuaresma es obligatoria la abstinencia de carne, y se aconseja la penitencia y ayuno. Y todos los viernes de año pide también la Iglesia abstinencia de carne o algún sacrificio, oración u obra de caridad equivalente.

ALGUNAS RAZONES

El Señor enseñó que hacer obras de penitencia es condición indispensable para entrar en el Reino de los Cielos: "Yo os digo que si no hicieris penitencia, todos igualmente pereceréis" (Lc 13, 3). Repetidamente se recuerda en la Sagrada Escritura la necesidad de hacer obras de mortificación y renuncia (Cfr. Mt. 4, 2; 9, 15; 17, 21; Lc. 3, 3; 13, 15; 24, 47; Hechos 2, 38; 13, 2; 14, 23; II Cor. 4, 5; 11, 27; etc.)

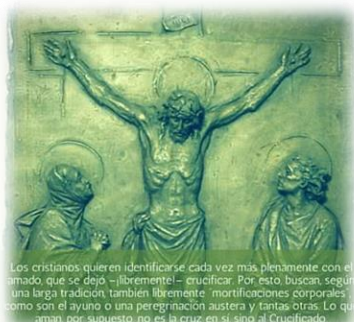
S. Ignacio, y toda la tradición de la Iglesia, nos recomiendan vivamente la mortificación por diversas razones.

1ª. Para satisfacer por los pecados propios y ajenos. Cuando ofendemos a alguien al que quieres de verdad, no basta con llorar; es preciso demostrar con la nueva conducta, con la nueva vida, el deseo de restañar el mal, a fin de demostrar un verdadero arrepentimiento y un **amor reparador**. Eso es lo justo. Es lo que viene a decir San Pablo: que con los miembros de tu cuerpo (ojos, oídos, manos, etc.) y con las facultades de tu alma (entendimiento, voluntad, corazón...) de los que te has servido hasta ahora para pecar, entrégalos ahora a la justicia, a la santidad en Cristo Dios, haciendo con ellos obras de misericordia u de humilde caridad.

En la Iglesia el amor de suplencia y el amor reparador de muchas almas orantes y buenas, es un gran consuelo y una gozosa esperanza. Son almas privilegiadas que **se ofrecen a amar por los que no aman y a pagar y reparar con su vida ofrecida y sus sufrimientos los pecados que se comenten contra el Señor**. Todos estamos llamados a serlo en alguna medida.

2ª. Para vencerse el hombre a sí mismo. "El cristianismo es una **palestra de energía moral, una escuela de autodomnio, una iniciación en el coraje y en el heroísmo, precisamente porque no teme educar al hombre en la templanza, en el propio control, en la generosidad, en la renuncia, en el sacrificio. Porque sabe y enseña que el hombre verdadero es perfecto, el hombre puro y fuerte, el hombre capaz de actuar y de amar, es alumno de la disciplina de Cristo, de la disciplina de la Cruz**" (S. Pablo VI)

Es decir, la penitencia ayuda a que el hombre se realice verdaderamente como persona, ayudándole mucho en la auténtica madurez humana. También le ayuda de manera eficaz a superar esa quiebra interior que tenemos, a consecuencia del pecado, de la que hemos hablado.



Conseguir que la sensualidad esté sometida a la razón, todas las partes inferiores estén más sujetas a las superiores, y todas a la ley de Dios, de manera que consiga la armonía interior¹.

3ª. "Para buscar y hallar alguna gracia o don que la persona quiere y desea. Es decir, si queremos pedir algo al Señor (la conversión de un ser querido, superar una enfermedad, salir de un pecado que arrastro...) conviene hacer actos de penitencia. Esto lo intuye el alma, no necesita mucha demostración. **La penitencia en este caso expresa el amor como actitud noble y adecuada a fin de que el Señor nos dé sus gracias,** los favores que pedimos.

Emociona ver en Fátima, por ejemplo, la penitencia de tantas personas sencillas que recorren de rodillas (quizá con el hijo enfermo en sus brazos y con lágrimas en los ojos) la capelina de las apariciones. Son testimonio de un gran amor humilde y suplicante que conmueve el Corazón de Dios.

4ª. Para imitar a Jesucristo. Jesucristo nos dio un admirable ejemplo de sufrimiento y mortificación. Desde que se ofreció en la cruz para perdonar nuestros pecados, el sufrimiento ha adquirido un valor redentor. **Mis sufrimientos, unidos a los de Cristo, son fuente de redención para mí y para el mundo.** El deseo de imitarle y de acompañarle en los dolores de su pasión, fue y sigue siendo ardiente en muchos buenos cristianos.

La verdadera razón, incomprensible para la lógica humana es la locura de la cruz: "Los judíos piden milagros, los griegos filosofías y yo les predico a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles, pero para los que han sido llamados, sean griegos, sean judíos, se trata de un Cristo que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios" (1 Cor 1,23).

"La ciencia de la cruz no puede adquirirse sino sintiendo realmente su peso sobre los hombros. Desde el primer momento me convencí de ello y me dije: **Salve oh cruz, única esperanza**" (Santa Teresa Benedicta de la Cruz).

Por eso **la razón última y esencia de toda la penitencia es el AMOR:** "Nadie se arriesga a un ejercicio de mortificación sin previas ansias de amor" (San Juan de la Cruz), que es lo más contrario al masoquismo².

TIPOS DE PENITENCIA

1º. Interna: "La penitencia se divide en interna y externa. Interna es dolerse de sus pecados, con firme propósito de no cometer aquellos ni otros algunos" (San Ignacio EE 82).

"La penitencia interior es una reorientación radical de toda la vida, un retorno, una conversión a Dios con todo nuestro corazón, una ruptura con el pecado, una aversión del mal, con repugnancia hacia las malas acciones que hemos cometido. Al mismo tiempo, comprende el deseo y la resolución de cambiar de vida con la esperanza de la misericordia divina y la confianza en la ayuda de su gracia" (CIC, 1431).

2º. Externa. Para san Ignacio "es fruto de la primera: **es castigo de los pecados cometidos, y principalmente se toma de estas maneras:**

- Acerca del comer; es a saber, cuando quitamos lo superfluo, no es penitencia, mas temperancia; **penitencia es cuando quitamos de lo conveniente, y cuanto más y más, mayor y mejor, sólo que no se corrompa el sujeto, ni se siga enfermedad notable.**

- Acerca del modo del dormir; y asimismo no es penitencia quitar lo superfluo de cosas delicadas o moles; mas es penitencia cuando en el modo se quita de lo conveniente, y cuanto más y más, mejor, sólo que no se corrompa el sujeto, ni se siga enfermedad notable, ni tampoco se quite del sueño conveniente" (EE 83-84). Para San Ignacio un criterio necesario siempre es que se cuide la salud y que se tengan fuerzas para la vida activa en medio del mundo. Por ello **conviene que en esto se consulte al director espiritual.**

¹ Aunque el bautismo y la confesión nos perdonan los pecados, **persiste en el cristiano una inclinación al mal que se llama concupiscencia,** la cual no es pecado, pero "procede del pecado y al pecado inclina". Este es uno de los aspectos que quedaría englobado en ese enemigo del alma denominado la carne. **La mortificación ofrecida al Señor es un medio excelente, junto con la eucaristía y la confesión para vencer la concupiscencia.**

² El mundo hoy entiende muy bien el sacrificio y los costosos sufrimientos que a veces nos impone la profesión, el deporte, la higiene o la estética personal, las modas... Pero curiosamente se escandaliza cuando esos sufrimientos o sacrificios se hacen por amor a Dios. Hoy se comprende que por guardar la línea o por miedo al infarto apenas se coma; o que se pase frío y cansancio por cazar una mañana de niebla. Que un estudiante esté tres o cuatro años encerrado en unas oposiciones agotadoras, todo el mundo lo entiende. Más aún, hay se ve normal que por las modas un joven o adulto se tatúe (flores, figuras inverosímiles, y hasta paisajes...,

La vida misma, con sus exigencias y múltiples circunstancias, nos brinda importantes oportunidades de penitencia. Éstas son algunas:

✓ Cumplimiento fiel y amoroso de nuestras obligaciones

Las penitencias más agradables a Dios son las que conllevan cumplimiento del deber y las que hacen más agradable la vida a los demás (las que conllevan el ejercicio de la **caridad**). Por ejemplo el cumplimiento de las obligaciones familiares, profesionales o espirituales y/o apostólicas.

Vivir bien el momento presente, haciendo en cada momento lo que debo hacer, lo que me pide la voluntad de Dios, sin dejarme llevar de la pereza o de la imaginación.

✓ Lucha permanente contra defectos de carácter

Empeño en el fomento de valores humanos (orden, alegría, puntualidad, reflexión, control de sentidos y educación de la efectividad, etc.) y en el cultivo de las virtudes sobrenaturales (paciencia, caridad, sencillez, humildad, magnanimidad...). En concreto es muy práctico proponerse **no criticar nunca nada ni a nadie; no quejarme de nada y no murmurar de nadie, ni juzgar a nadie.**

✓ Aceptar con paciencia las pruebas de la vida diaria

Afrontar con espíritu positivo y sobrenatural los sufrimientos, dolores, pruebas, enfermedades, fracasos... La ventaja de esta penitencia es que nos hace también más humanos, **si las vivimos con amor.** Y es que las pruebas pueden ocasionar en nosotros dos efectos: endurecernos el corazón o hacérselo más blando, más sensible para acoger a los demás, más misericordioso y compresivo. **La diferencia está en la forma de vivirlas: por amor a Dios o sin ningún sentido.** Quien no ha sufrido, muy difícilmente puede entender al que sufre; quien no ha experimentado el fracaso y la soledad no puede entender al que pasa por eso.

✓ Aprovechar los pequeños detalles de la vida

Hay cosas sencillas que siempre podemos ofrecer con el espíritu de Fátima, diciendo interiormente **"Jesús es por tu amor"**. Por ejemplo renuncias a pequeños gustos o caprichos, no comer fuera de las horas previstas, comer más de lo que me gusta menos y menos de lo que me gusta más, menos televisión, redes o móvil... También la puntualidad, la disponibilidad... La importancia de estas pequeñas cosas radica en que nacen de un **corazón enamorado y alegre, que se desborda en detalles,** no de un espíritu estricto y frío.

Aunque se entienden mejor las penitencias que llevan un bien caritativo asociado (por ejemplo ayudar a los enfermos, acoger a los pobres..., **también son importantes las hechas "nada más" que por puro amor de Dios** (ayunar, dormir menos, peregrinar, dar dolor al cuerpo, etc)³.

"Las mejores, menos dañinas y más provechosas penitencias son las que nuestro Señor envía por medio de cuanto nos rodea, tal como sufrir con gusto el carácter de algunas personas, hacer con alegría lo que nos contraría, tolerar las inclemencias del tiempo, los dolores corporales, la sequedad espiritual, la sed; callar lo que quisiéramos decir, recibir y hablar con cariño a una persona que no nos es simpática, y cosas semejantes" (Padre Rubio)

"Mis mortificaciones consistían en quebrantar mi voluntad, siempre dispuesta a salirse con la suya; en callar una palabra de réplica, en prestar pequeños servicios sin hacerlos valer, en no apoyar la espalda cuando estaba sentada, etc." (Santa Teresita).

o que se coloque un piercing que agujerea cualquier parte del cuerpo) Pero no se entiende que un hombre haga penitencia por sus pecados. Podríamos agregar las aberrantes torturas que algunos sadomasoquistas se infligen mutuamente con pretensiones de placer erótico... Son reacciones verdaderamente desordenadas que indican la confusión a la que nos conduce el pecado. El Creador nos ha regalado el cuerpo para que gocemos de él. No debemos ni adorarlo ni idolatrarlo. Sí controlarlo para que responda a su noble fin, sabiendo que **está llamado a resucitar un día,** y será motivo también de nuestro gozo eterno.

³ Los pastorcitos de Fátima vieron a la Virgen mientras cuidaban sus ovejitas. Pronto sintieron que **debían hacer sacrificios.** Además de privarse del postre o de la comida que sus madres les habían preparado, para dársela a los pobres, **se ceñían** también una soguita a la cintura, buscando con ello ofrecer algo a Jesús y a María. La Virgen les había dicho: **"¿Queréis ofrecer por la salvación de las almas? Entonces tendréis que sufrir mucho, pero no tengáis miedo. Él os ayudará"**

**23. EJERCICIO DE ORACIÓN PARA ESTA SEMANA****Lectura del Santo Evangelio según San Juan 8,1-11:**

En aquel tiempo, Jesús se retiró al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó de nuevo en el templo, y todo el pueblo acudía a él, y, sentándose, les enseñaba. Los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio, y, colocándola en medio, le dijeron: - «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices?».

Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo. Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: «El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra».

E inclinándose otra vez, siguió escribiendo. Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos. Y quedó solo Jesús, con la mujer en medio, que seguía allí delante.

Jesús se incorporó y le preguntó: «Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado?».

Ella contestó: «Ninguno, Señor».

Jesús dijo: «Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más»

nos ayude en esto la santa Madre de Dios, que, exenta de toda culpa, es mediadora de gracia para todo pecador arrepentido.

REFLEXIÓN DE FRANCISCO

Y Jesús se queda solo con la mujer, como un confesor, diciéndole: «Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado? ¿Dónde están? Estamos solos, tú y yo. Tú ante Dios, sin las acusaciones, sin las habladurías. ¡Tú y Dios! ¿Nadie te ha condenado?». La mujer responde: «¡Nadie, Señor!», pero ella no dice: «¡Ha sido una falsa acusación! ¡Yo no he cometido adulterio!» Reconoce su pecado y Jesús afirma: «¡Yo tampoco te condeno! Ve, ve y de ahora en adelante no peques más, para no pasar por un momento tan feo como este; para no pasar tanta vergüenza; para no ofender a Dios, para no ensuciar la hermosa relación entre Dios y su pueblo». **¡Jesús perdona!** Pero aquí se trata de algo más que del perdón: Jesús supera la ley y va más allá. No le dice: '¡El adulterio no es pecado!' Pero no la condena con la ley. **Y este es el misterio de la misericordia de Jesús.**

SE ENCONTRARON LA MISERIA Y LA MISERICORDIA (S. Agustín)

Dice el salmista: "Aprended, jueces de la tierra" (Sal 2.10). Aquellos que juzgan la tierra son los reyes, gobernadores, príncipes, los jueces propiamente dicho. Sed sensatos, porque es la tierra quien juzga la tierra, pero debe temer al que está en el cielo. Juzgan a sus iguales: un ser humano juzga a un hombre, un mortal a un mortal, un pecador a otro pecador. ¿Si nuestro Señor hizo resonar en medio de los jueces esta frase divina: "el que esté sin pecado que tire la primera piedra", todos los que juzgan la tierra no estarán sobrecogidos de espanto?

Los fariseos, para tentarlo, le llevaron una mujer sorprendida en adulterio... Jesús dijo: "Queréis apedrear a esta mujer, según lo prescrito por la ley. Pues bien, aquel de entre vosotros que esté sin pecado, que tire la primera piedra". Mientras se cuestionaban, Él escribió sobre la tierra, para "enseñar a la tierra"; pero cuando les dio esta respuesta, levantó los ojos, "miró a la tierra y ésta se estremeció" (Sal 103,32). Los fariseos, confundidos y temblorosos, se fueron uno tras otro...

La pecadora se queda a solas con el Salvador: la enferma con el médico, la gran miseria con la gran misericordia. Mirando a esta mujer, Jesús le dijo: "¿Nadie te ha condenado? Nadie, Señor"... Pero ella permaneció delante del juez que está libre de pecado. "¿Nadie te ha condenado? Nadie, Señor, y si tú mismo no me condenas, estoy salvada" En silencio, el Señor responde a esta inquietud: "Yo tampoco te condeno... La voz de sus conciencias les impedía a los acusadores castigarte, la misericordia me empuja a venir en tu ayuda". Reflexionar sobre estas verdades e "instruiros jueces de la tierra".

REFLEXIÓN DE ALCUINO

El Señor tenía la costumbre, especialmente poco antes de su pasión, de predicar la palabra de Dios durante el día en el templo que había en Jerusalén, acompañando su predicación con señales y milagros. Y cuando llegaba la tarde se volvía a Betania, hospedándose en la casa de Lázaro y sus hermanas, de donde volvía a la mañana siguiente a la misma actividad. Y como hubiese estado el último día de la scenopegia ocupado en la predicación, a la tarde se marchó al monte de los Olivos. Y esto es lo que dice: «Y Jesús se fue al monte del Olivar», etc.

La unción de aceite suele hacerse a los cansados y sirve de alivio a los que padecen dolores en sus miembros. El monte de los Olivos también significa la sublimidad de la piedad divina, porque *eleos* en griego, quiere decir misericordia. También corresponde la naturaleza del óleo al misterio de que se trata, se queda encima de todos los demás líquidos, y como dice el Salmista: «Las misericordias del Señor están por encima de todas sus obras» (Sal 144,9). Prosigue: «Y otro día

REFLEXIÓN DE BENEDICTO XVI

Hemos llegado al quinto domingo de Cuaresma, en el que la liturgia nos propone, este año, el episodio evangélico de Jesús que salva a una mujer adúltera de la condena a muerte. Mientras está enseñando en el Templo, los escribas y los fariseos llevan ante Jesús a una mujer sorprendida en adulterio, para la cual la ley de Moisés preveía la lapidación. Esos hombres piden a Jesús que juzgue a la pecadora con la finalidad de "ponerlo a prueba" y de impulsarlo a dar un paso en falso. La escena está cargada de dramatismo: de las palabras de Jesús depende la vida de esa persona, pero también su propia vida. De hecho, los acusadores hipócritas fingen confiarle el juicio, mientras que en realidad es precisamente a él a quien quieren acusar y juzgar. Jesús, en cambio, está "lleno de gracia y de verdad" (Jn 1, 14): **Él sabe lo que hay en el corazón de cada hombre, quiere condenar el pecado, pero salvar al pecador, y desenmascarar la hipocresía.**

El evangelista san Juan pone de relieve un detalle: mientras los acusadores lo interrogan con insistencia, Jesús se inclina y se pone a escribir con el dedo en el suelo. San Agustín observa que el gesto muestra a Cristo como el legislador divino: en efecto, Dios escribió la ley con su dedo en las tablas de piedra. Jesús, por tanto, es el Legislador, es la Justicia en persona. Y ¿cuál es su sentencia? "Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra". **Estas palabras están llenas de la fuerza de la verdad, que desarma, que derriba el muro de la hipocresía y abre las conciencias a una justicia mayor, la del amor, en la que consiste el cumplimiento pleno de todo precepto.** Es la justicia que salvó también a Saulo de Tarso, transformándolo en san Pablo.

Cuando los acusadores "se fueron retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos", Jesús, absolviendo a la mujer de su pecado, la introduce en una nueva vida, orientada al bien: "**Tampoco yo te condeno; vete y en adelante no peques más**". Es la misma gracia que hará decir al Apóstol: "Una cosa hago: olvido lo que dejé detrás y me lanzo a lo que está por delante, corriendo hacia la meta, para alcanzar el premio al que Dios me llama desde lo alto en Cristo Jesús" (Flp 3, 13-14). **Dios sólo desea para nosotros el bien y la vida; se ocupa de la salud de nuestra alma por medio de sus ministros, liberándonos del mal con el sacramento de la Reconciliación,** a fin de que nadie se pierda, sino que todos puedan convertirse.

Aprendamos del Señor Jesús a no juzgar y a no condenar al prójimo. Aprendamos a ser intransigentes con el pecado — comenzando por el nuestro! — e indulgentes con las personas. Que

de mañana volvió al templo», esto es, a dar a conocer su misericordia, y a ofrecérsela a sus fieles, cuando empezaba a mostrarles la luz del Nuevo Testamento (en su templo). Porque el volver al amanecer designa que comenzaba el día de la nueva gracia.

«Entonces se sentó y se puso a enseñarles». El acto de estar sentado representa la humildad de la Encarnación. Y cuando el Señor estaba sentado, el pueblo venía a Él, porque después que se hizo visible por la naturaleza humana que tomó, empezaron a oírle muchos y a creer en Él, porque veían que se había aproximado a ellos por medio de la humanidad. Mientras que los pacíficos y sencillos admiraban las palabras del Salvador, los escribas y los fariseos le preguntaban, no para aprender, sino para estorbar a la verdad. Por esto sigue: «Y los escribas y los fariseos le trajeron una mujer sorprendida en adulterio, la pusieron en medio, y le dijeron: 'Maestro, esta mujer ha sido ahora sorprendida en adulterio'».

*«Jesús, inclinándose, se puso a escribir con el dedo en la tierra.» Por la tierra debe entenderse el corazón humano, que suele dar su fruto por medio de acciones buenas o malas. Con el dedo, que es flexible en sus articulaciones, se expresa la sutileza del discernimiento. Nos da a conocer en esto que **cuando veamos una acción mala en nuestro prójimo, no debemos condenarla en seguida, sino que primeramente, volviendo al secreto de nuestro corazón, examinémosla con cuidado y solicitud.***

Puede muy bien entenderse que el Señor hizo esto, como tenía costumbre, para que así como si Él estuviera ocupado en otras cosas y mirando a otra parte, pudieran irse más cómodamente. En esto nos enseña, de un modo figurado, que **antes de corregir la falta de un hermano, así como después de haberle corregido, examinemos con detenimiento si estamos exentos de aquella culpa que reprendimos, o de algunas otras culpas.**

CONSAGRACIÓN AL CORAZÓN INMACULADO DE MARÍA

Reza con la preciosa oración de consagración del mundo a la Virgen que hizo el Santo Padre, el pasado 25 de marzo:

Oh María, Madre de Dios y Madre nuestra, nosotros, en esta hora de tribulación, recurrimos a ti. Tú eres nuestra Madre, nos amas y nos conoces, nada de lo que nos preocupa se te oculta. Madre de misericordia, muchas veces hemos experimentado tu ternura providente, tu presencia que nos devuelve la paz, porque tú siempre nos llevas a Jesús, Príncipe de la paz.

Nosotros hemos perdido la senda de la paz. Hemos olvidado la lección de las tragedias del siglo pasado, el sacrificio de millones de caídos en las guerras mundiales. Hemos desatendido los compromisos asumidos como Comunidad de Naciones y estamos traicionando los sueños de paz de los pueblos y las esperanzas de los jóvenes. Nos hemos enfermado de avidez, nos hemos encerrado en intereses nacionalistas, nos hemos dejado endurecer por la indiferencia y paralizar por el egoísmo. Hemos preferido ignorar a Dios, convivir con nuestras falsedades, alimentar la agresividad, suprimir vidas y acumular armas, olvidándonos de que somos custodios de nuestro prójimo y de nuestra casa común. Hemos destrozado con la guerra el jardín de la tierra, hemos herido con el pecado el corazón de nuestro Padre, que nos quiere hermanos y hermanas. Nos hemos vuelto indiferentes a todos y a todo, menos a nosotros mismos. Y con vergüenza decimos: perdónanos, Señor.

En la miseria del pecado, en nuestros cansancios y fragilidades, en el misterio de la iniquidad del mal y de la guerra, tú, Madre Santa, nos recuerdas que Dios no nos abandona, sino que continúa mirándonos con amor, deseoso de perdonarnos y levantarnos de nuevo. Es Él quien te ha entregado a nosotros y ha puesto en tu Corazón inmaculado un refugio para la Iglesia y para la humanidad. Por su bondad divina estás con nosotros, e incluso en las vicisitudes más adversas de la historia nos conduces con ternura.



Por eso recurrimos a ti, llamamos a la puerta de tu Corazón, nosotros, tus hijos queridos que no te cansas jamás de visitar e invitar a la conversión. En esta hora oscura, ven a socorrernos y consolarnos. Repite a cada uno de nosotros: "¿Acaso no estoy yo aquí, que soy tu Madre?". Tú sabes cómo desatar los enredos de nuestro corazón y los nudos de nuestro tiempo. Ponemos nuestra confianza en ti. Estamos seguros de que tú, sobre todo en estos momentos de prueba, no desprecias nuestras súplicas y acudes en nuestro auxilio.

Así lo hiciste en Caná de Galilea, cuando apresuraste la hora de la intervención de Jesús e introdujiste su primer signo en el mundo. Cuando la fiesta se había convertido en tristeza le dijiste: «No tienen vino» (Jn 2,3). Repíteselo otra vez a Dios, oh Madre, porque hoy hemos terminado el vino de la esperanza, se ha desvanecido la alegría, se ha agitado la fraternidad. Hemos perdido la humanidad, hemos estropeado la paz. Nos hemos vuelto capaces de todo tipo de violencia y destrucción. Necesitamos urgentemente tu ayuda materna.

Acoge, oh Madre, nuestra súplica.

Tú, estrella del mar, no nos dejes naufragar en la tormenta de la guerra.

Tú, arca de la nueva alianza, inspira proyectos y caminos de reconciliación.

Tú, "tierra del Cielo", vuelve a traer la armonía de Dios al mundo.

Extingue el odio, aplaca la venganza, enséñanos a perdonar.

Libranos de la guerra, preserva al mundo de la amenaza nuclear.

Reina del Rosario, despierta en nosotros la necesidad de orar y de amar.

Reina de la familia humana, muestra a los pueblos la senda de la fraternidad.

Reina de la paz, obtén para el mundo la paz.

Que tu llanto, oh Madre, conmueva nuestros corazones endurecidos. Que las lágrimas que has derramado por nosotros hagan florecer este valle que nuestro odio ha secado. Y mientras el ruido de las armas no enmudece, que tu oración nos disponga a la paz. Que tus manos maternales acaricien a los que sufren y huyen bajo el peso de las bombas. Que tu abrazo materno consuele a los que se ven obligados a dejar sus hogares y su país. Que tu Corazón afligido nos mueva a la compasión, nos impulse a abrir puertas y a hacernos cargo de la humanidad herida y descartada.

Santa Madre de Dios, mientras estabas al pie de la cruz, Jesús, viendo al discípulo junto a ti, te dijo: «Ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,26), y así nos encomendó a ti. Después dijo al discípulo, a cada uno de nosotros: «Ahí

tienes a tu madre» (v. 27). Madre, queremos acogerte ahora en nuestra vida y en nuestra historia. En esta hora la humanidad, agotada y abrumada, está contigo al pie de la cruz. Y necesita encomendarse a ti, consagrarse a Cristo a través de ti. El pueblo ucraniano y el pueblo ruso, que te veneran con amor, recurren a ti, mientras tu Corazón palpita por ellos y por todos los pueblos diezmados a causa de la guerra, el hambre, las injusticias y la miseria.

Por eso, Madre de Dios y nuestra, nosotros solemnemente encomendamos y consagramos a tu Corazón inmaculado nuestras personas, la Iglesia y la humanidad entera, de manera especial Rusia y Ucrania. Acoge este acto nuestro que realizamos con confianza y amor, haz que cese la guerra, provee al mundo de paz.

El "sí" que brotó de tu Corazón abrió las puertas de la historia al Príncipe de la paz; confiamos que, por medio de tu Corazón, la paz llegará. A ti, pues, te consagramos el futuro de toda la familia humana, las necesidades y las aspiraciones de los pueblos, las angustias y las esperanzas del mundo.

Que a través de ti la divina Misericordia se derrame sobre la tierra, y el dulce latido de la paz vuelva a marcar nuestras jornadas. Mujer del sí, sobre la que descendió el Espíritu Santo, vuelve a traernos la armonía de Dios. Tú que eres "fuente viva de esperanza", disipa la sequedad de nuestros corazones. Tú que has tejido la humanidad de Jesús, haz de nosotros constructores de comunión. Tú que has recorrido nuestros caminos, guíanos por sendas de paz. Amén